

Las sospechas que se empiezan a insinuar, gracias a estos ejemplos, acerca de la seriedad de la crítica que examinamos, se confirman al ver que en ella se hace hincapié sobre el error de una traducción en que, por desgracia, hay a todas luces errores tipográficos. En la página 121, sostiene el crítico de Atenea, el traductor habla de "los otros entes" en plural, pero en el texto alemán se trata de un singular. Aquí olvidó el crítico extraer la única conclusión legítima que resulta de sus premisas, a saber: que el profesor Soler no sólo "conoce el alemán muy superficialmente", sino que además ignora las reglas más elementales de la sintaxis castellana, puesto que ha escrito: "con el ser-ahí del alma está siempre ya determinado... los otros entes, etc."

En su prurito de rigor, el crítico ha señalado errores también en la portada del libro, a pesar de que cualquiera entiende que ésta no tiene pretensiones científicas sino estéticas. Discute pues, cierta omega y ciertas sigmas; pero, ¿cómo no reparó igualmente en que la ρ de la palabra Aristóteles no es una rho, ni la λ una lambda?

Es fastidioso tener que entrar a discutir semejantes minucias. Pero hemos creído necesario hacerlo, puesto que la crítica aparecida en Atenea está hecha, como se desprende de los ejemplos que hemos aducido, con evidente mala fe. Es lamentable que aquellas correcciones propuestas que podían servir para mejorar la traducción del profesor Soler, se vean oscurecidas por objeciones erróneas y desde todo punto de vista impertinentes. Sólo cabe pensar que el crítico ha querido colocarse deliberadamente entre aquellos señalados por Cervantes en la dedicatoria de la primera parte del *Quijote*, quienes, "no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos".

JOAQUÍN BARCELÓ

Historia

ÉDOUARD WILL: DORIENS ET IONIENS. *Essai sur la valeur du critère ethnique appliqué à l'étude de l'histoire et de la civilisations grecques*. Publication de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, 1956. 107 págs.

Édouard Will, a quien ya conocíamos por un trabajo sobre la economía griega, publicado en la *Revue Historique* (octubre-diciembre de 1954), nos ofrece en este ensayo —su tesis complementaria para optar al doctorado en la Facultad de Letras de la Universidad de París— un interesante estudio de la forma en que la introducción del criterio étnico ha oscurecido la imagen histórica que tenemos de la sociedad helénica.

Como él mismo lo afirma, su obra es un trabajo de carácter negativo, pues pretende reaccionar contra la tendencia que viene de la historio-

grafía alemana, y que en síntesis sostiene que todo lo valioso, admirable y único en la civilización griega es de esencia nórdica indogermánica. "C'est à tenter de dissiper le fantôme de la discrimination et surtout de la valorisation ethnique dans l'étude de l'histoire et de la civilisation grecques que nous voudrions nous attacher ici".

En su trabajo comienza por rechazar como absurdas y falsas, las ideas de "individualismo jonio" y "disciplina doria", con las que siguen operando muchos historiadores. Ideas que no se pueden aceptar, sobre todo si se las entiende en el sentido de manifestaciones inmediatas de un atavismo étnico, pues individualismo y espíritu de disciplina son dos fuerzas antagónicas que se perciben en toda comunidad humana.

Sentadas las premisas generales, continúa el historiador francés llevando su análisis a los diversos campos en que el elemento étnico ha sido utilizado por los historiadores como factor interpretativo. Refiriéndose a las tiranías, sostiene que ellas no deben mirarse como las propugnadoras de una política anti-doria, sino más bien como las realizadoras de grandes reformas sociales. Pasa luego a la literatura advirtiendo que en ella no se manifiesta la conciencia étnica, sino ya muy adelantada la época histórica. Es preciso llegar a Píndaro para ver aparecer con cierta frecuencia el término "dorio", y en general no se trata más que de un elemento erudito de orden genealógico tradicionalista. Las alusiones a la hostilidad étnica que Tucídides pone en boca de sus oradores no son más que explicaciones postizas del imperialismo. En el arte pasa algo semejante, no es posible ligar la llegada de los dorios con la aparición del espíritu protogeométrico o geométrico; por el contrario, actualmente se plantea una hipótesis muy diferente, que entiende este estilo como el producto de una evolución lenta y consecuente, puesta en marcha desde el micénico tardío y continuada hasta el geométrico. Evolución que ha sido orientada en el sentido geométrico, por los trastornos que a fines del segundo milenio produjeron la llegada de los dorios. El arte geométrico durante toda su evolución, incluso en su última fase, muestra una unidad que bien puede ser calificada de panhelénica, a despecho de las diferencias regionales.

Como se ve, la obra del historiador francés, tiene el innegable valor de ser una seria advertencia al historiador de la antigüedad, para que comience a modificar aquellos criterios que fueron acuñados al calor de los intereses políticos de la historiografía alemana, y que todavía conservan su vigencia. No deja de ser absurdo que en arquitectura sigamos hablando de un orden jónico o dorio, cuando los caprichos del estilo difícilmente pueden estimarse vinculados a los genes de la raza. Más aún, la Grecia arcaica no conoció una oposición étnica, la cual sólo vino a surgir, como lo afirma otro historiador francés: Jardé, en el encarnamiento de las guerras del Peloponeso. "La oposición entre una raza doria y una raza jónica, no es la causa, sino la consecuencia de la Guerra del Peloponeso".

Por otra parte, los historiadores que siguen apegados a los criterios étnicos, han desestimado las influencias orientales que afectaron el arte griego, incluso, profundamente, al arte espartano. Y que, en la medida que se levanta el velo que cubre los orígenes de la Hélade, y se descifran las pocas tablillas escritas que hasta el momento poseemos, adquieren cada vez mayor significación.

M. A. ROJAS MIX

FINLEY, M. I.: EL MUNDO DE ODISEO, traducción de Mateo Hernández Barroso; Breviario 158, F. C. E. México, 1961; 169 págs.

La obra de M. I. Finley es un intento de reconstrucción histórica de la sociedad homérica, a través del análisis de los poemas. De esta suerte, el autor se refiere a la organización política y al sistema familiar, buscando en las formas de solidaridad que unen a la familia primitiva los fundamentos de aquélla. Habla del derecho penal, que en esta época se expresa mediante la justicia privada, de las formas de trabajo, de la riqueza y de la propiedad considerada como símbolo de prestigio, que contribuye a fijar la posición del hombre dentro del grupo. A diferencia de otros autores, que conciben el parentesco como el más fuerte principio de organización, él estima el hogar y la casa solariega como el vínculo más poderoso en que reposa el funcionamiento de la sociedad homérica. Así, afirma, que "la preeminencia yacía en el *oikos*, la gran casa solariega noble con su cuerpo de esclavos y plebeyos, sus dependientes aristocráticos, y sus parientes y amigos-huéspedes aliados" (pág. 117). Analiza también la idea de la divinidad, y el papel que juegan los dioses en la vida del hombre; las relaciones internacionales, las cuales se realizan en forma individual, mediante el sistema de intercambio de regalos; las formas de trueque, donde las cabezas de ganado operan como común medida de valores: "Laertes compró a Euriclea por el precio de veinte bueyes" (*Odisea*, I, 40-1); las clases sociales, la esclavitud, etc. Finalmente, concluye con un capítulo sobre la ética y los valores en el mundo homérico.

Por cierto, que antes de iniciar su estudio de la sociedad griega primitiva, el autor se enfrenta con el delicado problema de "la cuestión homérica". En efecto, el cuadro uniforme que traza de lo que él denomina "El Mundo de Odiseo", sólo se justifica desde la aceptación de los poemas como representantes de una misma tradición histórica. Al respecto Finley sostiene que es posible considerar la existencia de dos Homeros separados por un centenar de años. Uno, autor de la *Iliada* (mediados del siglo VIII A. C.); y otro, autor de la *Odisea*, compuesta una o dos generaciones después de Hesíodo. El primer poema refleja las tradiciones que los griegos recogieron en su contacto con el Este; el segundo, es decir, la *Odisea*, se orienta hacia Occidente. Sin embargo, el historiador inglés, que al igual que los autores griegos parte de la absoluta